



Solemnidad de la Asunción de la Virgen María

1^a Lectura

Lectura del libro del Apocalipsis (11,19a;12,1.3-6a.10ab)

Se abrió en el cielo el santuario de Dios y en su santuario apareció el arca de la alianza. Después apareció una figura portentosa en el cielo: una mujer vestida de sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas. Apareció otra señal en el cielo: un enorme dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en las cabezas. Con la cola barrió del cielo un tercio de las estrellas, arrojándolas a la tierra. El dragón estaba enfrente de la mujer que iba a dar luz, dispuesto a tragarse el niño en cuanto naciera. Dio a luz un varón, destinado a gobernar con vara de hierro a los pueblos. Arrebataron al niño y lo llevaron junto al trono de Dios. La mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar reservado por Dios. Se oyó una gran voz en el cielo: "Ahora se estableció la salud y el poderío, y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo."

Palabra de Dios

Salmo responsorial 44

De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir.
De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir.

Hijas de reyes salen a tu encuentro,
de pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir. R.

Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna;
prendado está el rey de tu belleza:
póstrate ante él, que él es tu Señor. R.

Las traen entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real. R.

2^a Lectura

Lectura de la primera carta a los corintios (1Cor 15,20-27a)

Hermanos: Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después, cuando él vuelva, todos los que son de Cristo; después los últimos, cuando Cristo devuelva a Dios Padre su reino, una vez aniquilado todo principado, poder y fuerza. Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies. El último enemigo aniquilado será la muerte. Porque Dios ha sometido todo bajo sus pies.

Palabra de Dios

EVANGELIO.

Lucas 1,39-56

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito: "¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Dicho tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá."

María dijo: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despidé vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia -como lo había prometido a nuestros padres- en favor de Abrahán y su descendencia para siempre." María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa.

MONICIONES Y ACCIÓN DE GRACIAS.

Monición de entrada

A mitad del mes de agosto la Iglesia celebra una de las fiestas más entrañables y queridas del calendario litúrgico: la Asunción de la Virgen María, también llamada “la dormición de la Virgen”. En torno a nuestra Madre, demos gracias a Dios porque ha hecho obras grandes en nosotros. Ella, María, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, asumpta al cielo en cuerpo y alma, intercede por nosotros para que algún día podamos compartir con ella la culminación de nuestro itinerario de fe. Confiados en la intercesión y el ejemplo de María, demos comienzo a nuestra celebración.

Monición a las lecturas

No existe en las Sagradas Escrituras ningún texto que nos hable de la muerte de María ni de su asunción en el cielo en cuerpo y alma, si bien esta creencia forma parte de la fe de la Iglesia, una fe que se remonta a los orígenes del cristianismo y que es parte fundamental de la Tradición cristiana. Sólo indirectamente, especialmente a través de la primera lectura, trataremos de profundizar en este misterio, pues ella es la única mortal que ha completado totalmente, por pura gracia, el camino de la salvación plena, encontrándose no sólo su alma, sino también su cuerpo resucitado ante la contemplación gloriosa del misterio de Dios Trino.

Acción de gracias.

*Asumida por Dios en los inescrutables adentros de la vida.
Madre de cielo y tierra
cuya estela siguen los hijos que dejaste en este mundo,
cobijados en tu pecho sereno y maternal,
amantados por esa esperanza con la que nos enseñas a creer
cuando la noche se cierne, amenazante y oscura,
sobre nuestros maltrechos horizontes.*

*Eres la mano entrañable
que Dios quiso dejar como un puente místico
para que las criaturas tengamos más fácil
pasar a la otra orilla;
aquella que tú conoces bien
porque fuiste acogida en ella.*

*Tu alma y tu cuerpo incorruptible nos aguardan
mientras el latido de tu corazón late al ritmo del amor,
invitándonos a sumergirnos
en este rosario sonoro de vida
que habiendo surgido de la nada
ha llegado a ser todo en el Todo.*

*Mujer y madre, nueva Eva;
que el desierto que te cobijó
cuando las garras de este mundo
se alzaron contra ti
no sólo sea el áspero manto doloroso
que nos envuelve,
sino también el espacio en el que escondernos
como tu,
hasta el encuentro definitivo contigo
y con nuestro Creador.*

ORACIÓN DE LOS FIELES (preces)

1. Por intercesión de María, pidamos por la humanidad que busca una respuesta a sus angustias y dificultades; para que encuentre en la Virgen un modelo a seguir para así llegar al cielo como ella. ROGUEMOS AL SEÑOR.
2. Que la Asunción de la Virgen María sea un verdadero día de fiesta en el que alegrarnos por la victoria total del perdón sobre el pecado y de la vida sobre la muerte y la corrupción. ROGUEMOS AL SEÑOR.
3. Que el ejemplo de María nos inspire a creer y confiar totalmente en Dios, especialmente en los momentos más difíciles y dolorosos. ROGUEMOS AL SEÑOR.
4. Pidamos por intercesión de María que el Pueblo de Dios se mantenga unido, para que el testimonio de la fe sea creíble. ROGUEMOS AL SEÑOR.
5. Por nuestra comunidad parroquial, para que seamos capaces de ofrecer desde los niños a los más adultos una espiritualidad mariana bien cimentada sobre la vida de María, mujer recta, coherente y sin reservas a la hora de entregarse al Señor. ROGUEMOS AL SEÑOR.

HOMILÍA

La asunción de la Virgen María en el cielo en cuerpo y alma es un dogma de fe que, si bien fue declarado como tal por el papa Pío XII el 1 de noviembre de 1950 mediante la Constitución “*Munificentissimus Deus*”, forma parte de la fe de la Iglesia prácticamente desde su mismo origen, habiendo sido primeramente más impulsado por la Iglesia Oriental para pasar rápidamente a la Occidental.

Es cierto que en las Sagradas Escrituras no hay ninguna referencia a este hecho que toca de lleno lo que en Teología se conoce como “escatología”, o reflexión que desde la fe se hace del destino final del mundo y de todas las criaturas. Fuera de este contexto, pensar en este misterio de la fe no tiene sentido, pues todos los misterios sagrados están íntimamente vinculados, formando parte de lo que podríamos considerar como un único misterio que abarca desde la creación inicial hasta la salvación definitiva. En medio de estos dos polos (que necesariamente han de ser temporales desde nuestro limitado conocimiento) se encuentran no pocos personajes fundamentales; uno de ellos es María, que de forma parecida al profeta Elías, no permaneció en este mundo como lo hacemos nosotros cuando morimos, sino que fue llevada al cielo en cuerpo y alma.

Ciertamente la muerte de Elías no está revelada como sí lo está el hecho de que fuera “arrebatado” por un carro de fuego para ser llevado al cielo; la de María tampoco está atestiguada en la biblia, pero la Tradición nos habla de su “dormición”, rodeada por los apóstoles. Esta es la base de lo que hoy conocemos como la asunción de María en el cielo, pero no sólo la asunción de su alma, sino también de su cuerpo. Esto significa que el cuerpo de María, una vez “dormida” (es decir, fallecida), no conoció la corrupción como lo hacen los nuestros, sino que está ya plenamente resucitado y en presencia de su Hijo Jesucristo, del Dios trino y de todos sus ángeles.

Esta fe nos remite, por tanto, a una creencia que conviene repasar de vez en cuando para que no nos dejemos contaminar con ideas ajenas a la Tradición cristiana, como puede ser el caso de la reencarnación. Para los cristianos, todo ser humano es creado con un alma y con un cuerpo que va evolucionando a lo largo del ciclo biológico terrenal, siendo la vida la unión plena entre ambos. La muerte se produce cuando el cuerpo pierde el aliento que lo anima y comienza un proceso de corrupción. En ese momento, el alma (o ánima) queda separada del cuerpo a la espera de la resurrección de la carne al final de los tiempos, donde tras el juicio final lo recuperará, bien para encontrar la salvación tras una necesaria purificación o para, habiendo elegido libremente la separación del creador, alejarse de él eternamente (lo que conocemos como infierno). Es decir, con la muerte, el alma no se busca otro cuerpo como si éste fuera una simple vasija o recipiente (creencia de la reencarnación), sino que queda a la espera, porque el alma no muere, del final de los tiempos.

Ninguna criatura totalmente humana se encuentra en cuerpo y alma en la presencia de Dios, salvo María. Recordemos que Jesucristo también resucitó, pero en su caso la fe nos dice que posee dos naturalezas: la humana y la divina; no así en María, que no tiene naturaleza divina, sino únicamente humana, como nosotros. Por ello, no sólo Jesucristo anticipa nuestro destino final, sino también aquella mujer por medio de la cual se hizo posible que el Verbo eterno del Padre, por la acción del Espíritu Santo, encontrara la forma de abrazar nuestra naturaleza humana sin renunciar a la suya, aunque sí vaciado de la misma para salvarnos desde dentro de nuestra propia condición.

Esto está recogido (para quien quiera profundizar) en el Catecismo de la Iglesia en su número 966, señalando que la Asunción de María (que significa que es asumida por Dios en el cielo, no ascendida por sí misma al no ser diosa), supone una participación singular en la resurrección de su hijo, al mismo tiempo que también anticipa nuestra propia resurrección. Es, por tanto, una fiesta para honrar a la Madre de Dios, sabiendo que contamos con su intercesión no sólo desde la mediación de su alma, como el resto de santos, sino de todo su ser completo: en alma y en cuerpo.

Pero como estamos en verano y este misterio se nos puede atragantar un poco, dejemos que la imaginación y la literatura nos haga un poco más amable el hecho de que María disfrutara ya en este mundo de la resurrección. Sabemos que en el Nuevo Testamento tampoco existe texto alguno que nos hable de la aparición de Jesús resucitado a su madre, habiéndolo hecho a muchos de sus discípulos. ¿Por qué este silencio bíblico? ¿Cómo puedo excluir Jesucristo a su propia madre de esta gran alegría? Desde una interpretación muy personal, nada histórica y puramente literaria, me atrevo a terminar esta homilía con una narración inspirada en la Anunciación de Lucas, pero que me vino inspirada como añadido apócrifo al final del su Evangelio. Espero que este sencillo relato nos haga más amable y enriquezca nuestra devoción a la Madre de Dios y Madre nuestra.

LA PASCUA DE MARÍA

**Una versión apócrifa y libre sobre la experiencia de la Virgen
en la resurrección de su hijo.**

En la semana de pascua del año treinta y tres, envió Dios Padre al ángel Gabriel, a una pequeña aldea situada en las afuera de Jerusalén, a la viuda de José de Nazaret, que había sido despojada el día anterior de su único hijo, muerto en la cruz. Era la primera y fue la única noche de su duelo. El nombre de la mujer era María. Entrando el ángel donde ella estaba le dijo:

- *Alégrate, María, en tu esperanza. El Señor ha estado y estará siempre contigo.*

Al oír estas palabras, su corazón dio un vuelco; y no cesaba de preguntarse cómo podía volver a sentir aquel saludo en su interior después de tantos años. El ángel le dijo:

- *No temas, María; elegida y bendita de Dios. Mira, volverás a concebir y traer al mundo un Hijo; el mismo que fructificó en tu vientre y que ahora todos creen muerto, ha vuelto a la vida. Tú debes traerlo de nuevo a este mundo. Su nombre seguirá siendo Jesús. Será más grande de lo que pudiste imaginar y llevará hasta los confines del universo el nombre del Altísimo. Dios Padre lo ha llamado y colocado en su trono; un trono que tiene su escabel en este mundo; de esta forma reinará sobre todas las razas y naciones de la tierra y su reinado jamás tendrá fin.*

María dijo al ángel:

- *Pero, ¿Cómo puede ser eso? Yo ya soy casi una anciana y no conozco nadie capaz de ayudarme a engendrar de nuevo para el mundo lo que el mundo ayer me arrebató. Si un hombre no puede entrar de nuevo en el vientre de su madre, ¿Cómo puede una madre recuperar en su seno a su hijo muerto?*

El ángel le respondió:

- *María. Ya sabes que para Dios nada hay imposible. De nuevo, el Espíritu Santo que ha guiado toda tu vida, volverá sobre ti; el poder de Dios Todopoderoso descorrerá la sombra con la que te ha protegido hasta ahora. Por eso, el nuevo hijo que alumbres será todo un pueblo al que llamarán los “hijos de Dios”. Mira, ahí tienes a los que hace poco se escondían o huían: A José de Arimatea, a Nicodemo, al joven que te acoge como madre y tú guardas como a un hijo... a los discípulos que no han dejado de correr, aunque sea en dirección contraria a la cruz, en búsqueda de lo que todavía no saben qué es... y a las mujeres, tus hermanas y amigas que nunca desfallecieron a pesar de que creen que su esperanza ha muerto. Ellos se creen estériles, pero conciben en sus entrañas una nueva creación.*

Respondió María:

- *Señor; aquí tienes de nuevo a tu sierva. Que se siga haciendo en mi vida según tu Palabra.*

Y el ángel la dejó y se retiró.

Entonces, María, a pesar de quedar todavía unas pocas horas para que levantara el alba, se levantó y se dirigió apresuradamente a la casa donde descansaban sus amigas. Entrando en casa, saludó a María Magdalena, que como ella había pasado la noche en vela. María Magdalena se llenó de alegría a ver a María y ambas se fundieron en un abrazo. Pero antes de que la Magdalena pudiera decir palabra, María alzando la vista al cielo exclamó:

- *Mi alma proclama la grandeza del Señor,
mi espíritu se alegra como nunca,
en Dios, nuestro salvador,
porque ha visto nuestra fidelidad y fragilidad ante el dolor.
De ahora en adelante, todo el mundo nos felicitará,
porque el Todopoderoso ha hecho, y va a seguir haciendo,
obras grandes a través nuestra.
No hay nombre como el suyo,
ni nada tan sagrado como Él.
Nos ha mostrado su misericordia desde siempre,
pero en los últimos años más que nunca
y esa misericordia debe continuar de generación en generación.
Él tiene el poder de los brazos compasivos:
fuertes para descubrir la falsedad de los soberbios
y para derribar de sus puestos a los poderosos;
tiernos para abrazar a los pobres y humildes.
Él ha colmado de bienes a los que andaban hambrientos
y ha dejado vacía la mesa de los que acumulaban riquezas.
Él ha socorrido a Israel, su pueblo,
y va a socorrer también ahora a todos los pueblos de la tierra,
porque Dios siempre recuerda que es leal a sus criaturas.
Lo prometió y lo cumple en favor del pueblo de Abraham
y de todos los linajes por venir.*

Tras estas palabras, en corazón de la Magdalena dio un vuelco de alegría, imposible de entender en aquel momento tan triste y amargo para ella. María, conociendo esas dudas, y las de las otras mujeres que se habían despertado y se acercaban apresuradas para oír sus palabras, les dijo:

- *Mirad. Pronto será de día. Coged los ungüentos e id a la tumba de mi hijo. Tenéis que hacer lo que hay que hacer. Sólo entonces, o tal vez algo más tarde lo entenderéis todo.*

María la magdalena hizo el ademán de ir a por los ungüentos que ya tenía listos porque se había pasado parte de la noche en los preparativos; pero algo la detuvo y, volviendo el rostro, le preguntó a María:

- *María, madre. Y tú, ¿no vienes con nosotras?*

A lo que María replicó con dulzura:

- *No hace falta. Id vosotras. Lo que vais a ver con vuestros ojos y oír con vuestros oídos, ya lo sabe mi corazón. No necesito ver ni oír. En el silencio Dios me ha hablado y ya lo he visto y oído todo.*

Y las mujeres, intrigadas y sorprendidas por aquellas palabras, pero más inquietas por sus prisas y obligaciones, dejaron a María y se encaminaron al sepulcro. Todavía no sabían que éste, estaba vacío y el corazón de María, lleno hasta rebosar de alegría.